

## Ni Bradbury ni McLuhan

**E**XISTE todo un género de libros cuyo tema central es la muerte del libro como género. Se trata de una escritura profética que se distingue de todas las demás por su espléndida nulidad profética respecto de la escritura. Es un tipo de literatura que logra sus mejores momentos tramando un mundo sin literatura. Son narraciones que han logrado el privilegio del futuro, de la posteridad, precisamente por haber sabido referir la idea de un futuro sin narraciones.

Me refiero a Huxley, Orwell, Bradbury y compañía (incluso me refiero a su contrafigura profética: McLuhan), pero sobre todo, a sus actuales epígonos despistados: esos intelectuales de letras que aprovechan cualquier innovación técnica no relacionada con la vieja imprenta de Gutenberg para citar en su ayuda a los bomberos quemalibros que en 1984 nos confinarán en el universo ágrafo y desmemoriado de Lenina Brown, delante de pantallas gigantes, entre altavoces perversos y hacia un porvenir clonizado, robótico,

deshumanizado, regido por un Centro Emisor Único. Lo cierto es que de aquellas literaturas proféticas de hoy estiman el colmo de la premonición sólo quedó lo único que denunciaban que no iba a quedar: *la literatura*. Los ejemplos proféticos se han vengado. Para estas fechas postrimeras del siglo XX habían augurado el fin de la lectura y lo cierto es que una de las lecturas favoritas de ahora son esos pesimismo metafóricos tan hermosos como inverificados. Más todavía. Aquellos libros agoreros del libro que en su primera edición sólo estaban al alcance de las élites, con tiradas entre los 2.000 y 3.000 ejemplares, andan en estos momentos en forma de *paperbacks*, millonariamente difundidos por las dos galaxias y a precios proporcionalmente muy inferiores a los que entonces tenían.

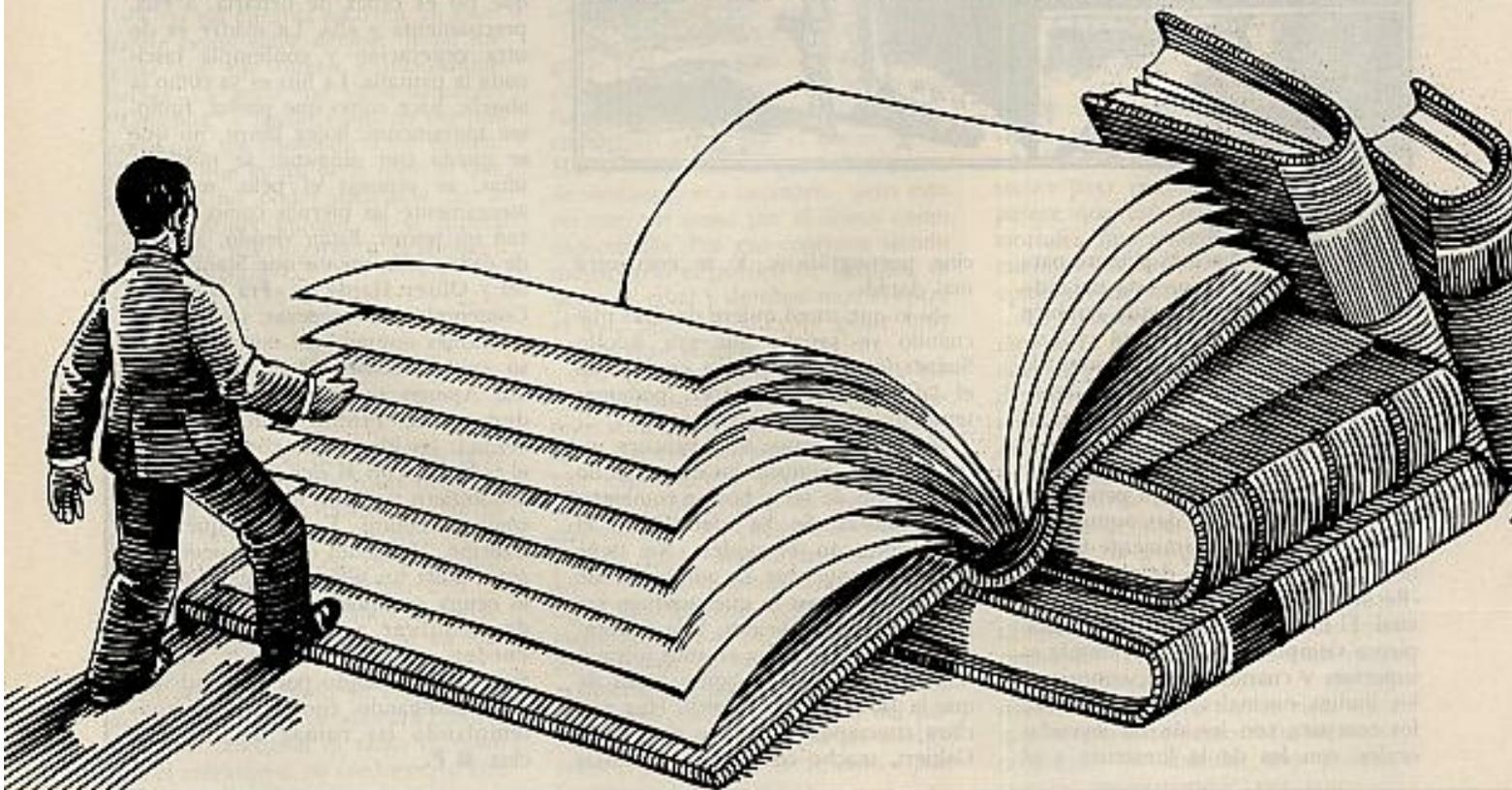
### La máquina incestuosa

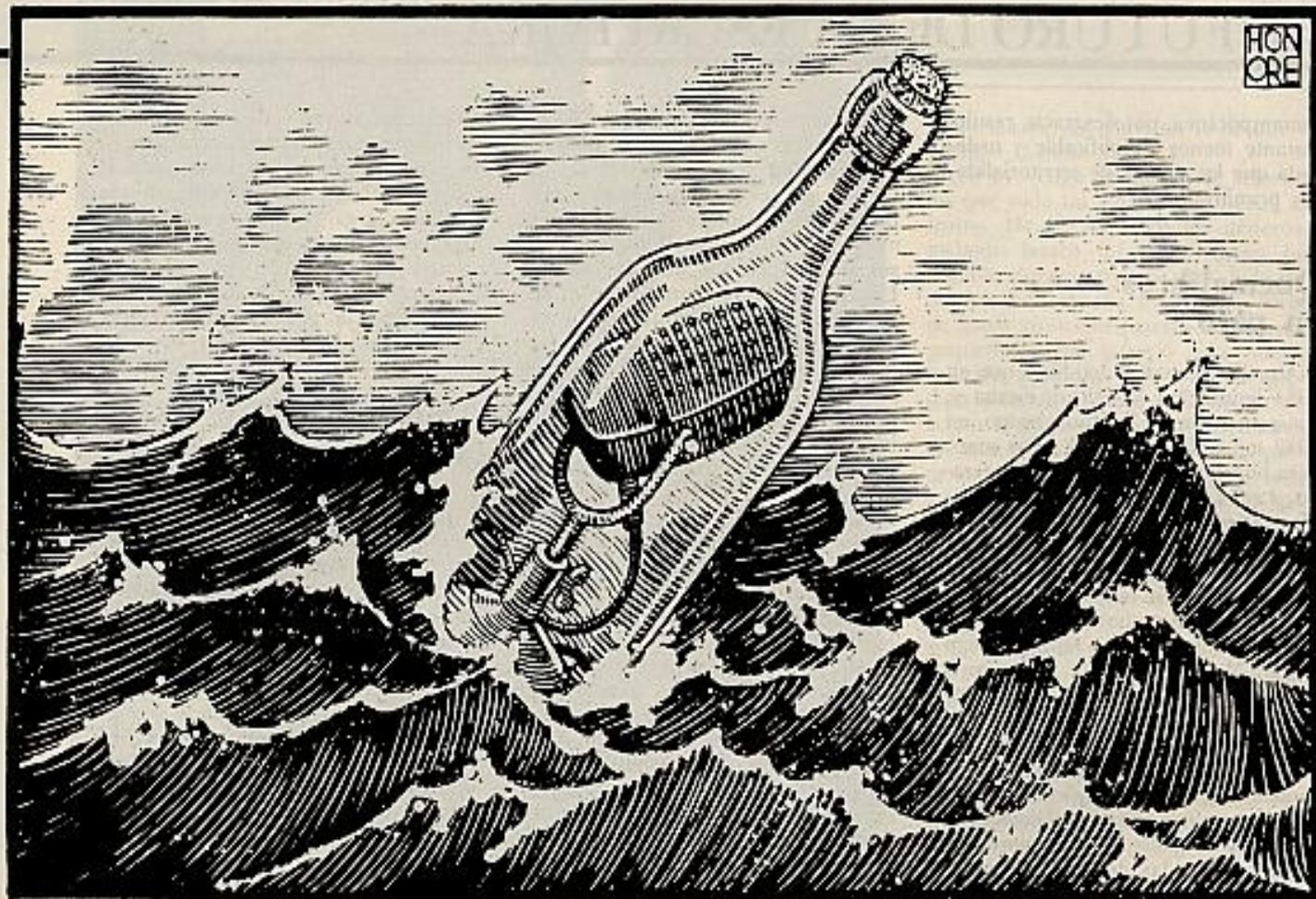
Pero hay algo aún más paradójico y divertidamente imprevisible. Aquellas armas bellamente noveladas inferían

la muerte de la escritura por la irrupción avasalladora de las tecnologías bárbaras derivadas del imperio de la electricidad. La cultura del hombre, simbolizada por el libro, perecería por el advenimiento de un nuevo lenguaje universal sin tratos con lo alfabético, lo tipográfico, lo impreso. Los profetas pesimistas imaginaban -sus discípulos aún siguen imaginándolo diariamente- la existencia de un Centro Emisor Único de mensajes audiovisuales que disolvería lo social -la pluralidad- y liquidaría lo personal -lo individual-. Que eliminaría el libro de nuestras costumbres, en definitiva. El profeta optimista de Canadá, por el contrario, veía en el triunfo de lo oral y lo acústico nuevas maneras liberadoras y creativas de lo social y de lo personal, bastante menos tiránicas y autoritarias que las procedentes de la era alfabética.

Ni lo uno ni lo otro. Las simplicidades se pagan caras en un mundo hipercomplejo. Sucedió, sencillamente, que esas máquinas que en la actualidad reeditan en serie y a precios populares los infundados catastrofismos libresco de Huxley, Orwell, Bradbury y compañía, a la vez que los también infundados entusiasmos de

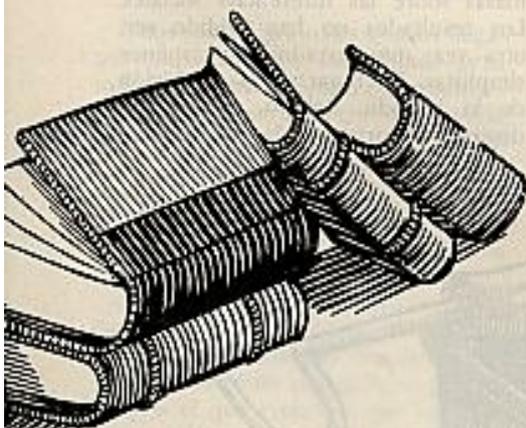
# EL FUTURO DE LA ESCO





# RITURA

JUAN CUETO



McLuhan y sus amigos del alma eléctrica, son el resultado más sofisticado de la alianza entre la electrónica, la informática y lo audiovisual y las viejas técnicas tipográficas. La nueva máquina con la que se fabrican los libros es un ordenador integrado a una impresora. Es decir: una máquina altamente incestuosa, fruto admirable del coito jamás profetizado entre Gutenberg y Marconi. Algo que unos y otros habían decretado *contra natura* —contra cultura— por la vieja manía metodológica de reducir a duelo de *vestersu* el complejo discurso de lo real.

La termodinámica nos enseña el valor creador del desorden, la microfísica nos advierte del papel preponderante de la incertidumbre, la biología nos demuestra la aleatoriedad de las mutaciones genéticas, la información nos grita de la función central del ruido y la furia, la actualidad nos alecciona diariamente acerca del carácter volcánico, imprevisto, caótico, irregular y desordenante del acontecimiento histórico, incluso las ficciones que todavía merecen tal nombre nos previenen constantemente contra lo lineal, lo obvio, lo redundante, por la exhibición estética de lo irregular, lo desviante y lo paradójico. Sólo el discurso intelectual del literato, cuando siente tambalear alguno de sus antañosos privilegios culturales, parece

empeñado en plantear la realidad —la *no ficción*, si se quiere— en términos de disyunciones infantiles, reduccionismos baratos, simplificaciones atroces, certidumbres grotescas, profecías lineales que no resisten el paso de un lustro, apocalipsis biodegradables que no dejan rastro y patetismos de un solo uso.

El truco siempre es el mismo, el característico de todo pensamiento no complejo. Consiste en aislar y privilegiar un solo término de los varios posibles —en el caso de la polémica sobre la muerte o resurrección del libro, una nueva *proposición metafórica*— como principio simple al que deben reducirse servilmente todos los demás para que la narración funcione, es decir, la argumentación esté dotada de planteamiento, nudo y desenlace. Un concepto-maestro que nace, vive y triunfa o fracasa por oposición a su par antagónico, diseñado a imagen y *desemejanza* del mismo. O sea: Gutenberg contra Marconi, lo tipográfico contra lo audiovisual, la comunicación escrita contra la comunicación eléctrica, el libro contra la pantalla.

Ese método, ya digo, puede estar muy bien para que Gary Cooper pasee con elegancia indescriptible Hadley-Ville durante hora y media. O para que Fraga le robe la derecha a Calvo Sotelo en su feudo. Pero la cultura

# EL FUTURO DE LA ESCRITURA

contemporánea, por desgracia, resulta bastante menos simplificable y ordenada que los duelos de territorialidades primitivas.

## Quemalibros en paro

Aquellas pantallas anti-libro que en 1984 liquidarían la cultura escrita y, consecuentemente, el humanismo, en 1982 son utilizadas, entre otras cosas, para imprimir libros baratos, sin erratas, a velocidades nunca soñadas y en cantidades posindustriales. Los famosos bomberos pirómanos de Bradbury andan ahora mismo en paro forzoso, precisamente por culpa de las siniestras tecnologías audiovisuales a las que fanáticamente servían: ningún fuego logrará destruir ya toda la memoria impresa del mundo gracias a la informática incombustible y a la multiplicación, almacenaje y descentralización de todas las memorias de la humanidad. Aquellos televisores que iban a terminar con las bibliotecas se han transformado en las mejores bibliotecas privadas del mundo por la simple operación de convertirlos en videoterminals telefónicamente conectadas a bases de datos bibliográficos y de texto completo que almacenan la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, o cualquier otra de similar envergadura, cuyos fondos han sido recogidos por fotoinpresión en una pastilla de silicio de las dimensiones de un sello de correos. En fin, la metáfora insistente de ese Centro Emisor Único hacia el que progresiva y fatalmente deberían confluír los *mass media* con el propósito satánico de uniformizar los deseos, masificar los gustos, monopolizar las necesidades y anular las ideas, tampoco ha logrado resistir el paso de un par de décadas. Hay centralización y masificación, pero también hay descentralización y desmasificación. Las ofertas de comunicación audiovisual, por ejemplo, se han pluralizado y diversificado como ninguno de los maestros de la ciencia-ficción pudo imaginar, pero todavía se atomizarán más gracias a los satélites, el cable, el videotex, el videocassette, el teletex, los sistemas de almacenaje y recuperación *on-line* de informaciones de todos los signos, la proliferación de los ordenadores personales y bancos de datos, y lo que vendrá.

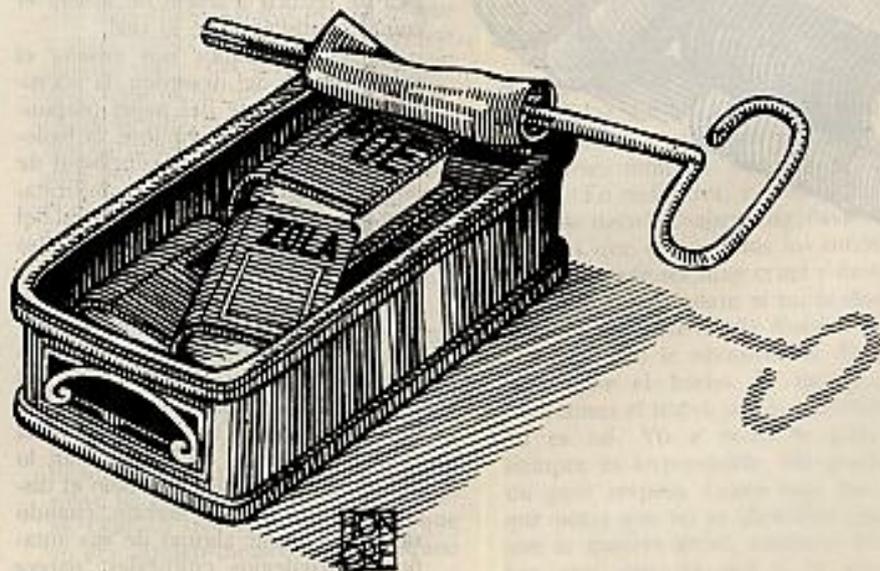
Hubo en los inicios de la segunda industrialización, con el paso de la economía de producción a la del consumo, una fuerte tendencia hacia la

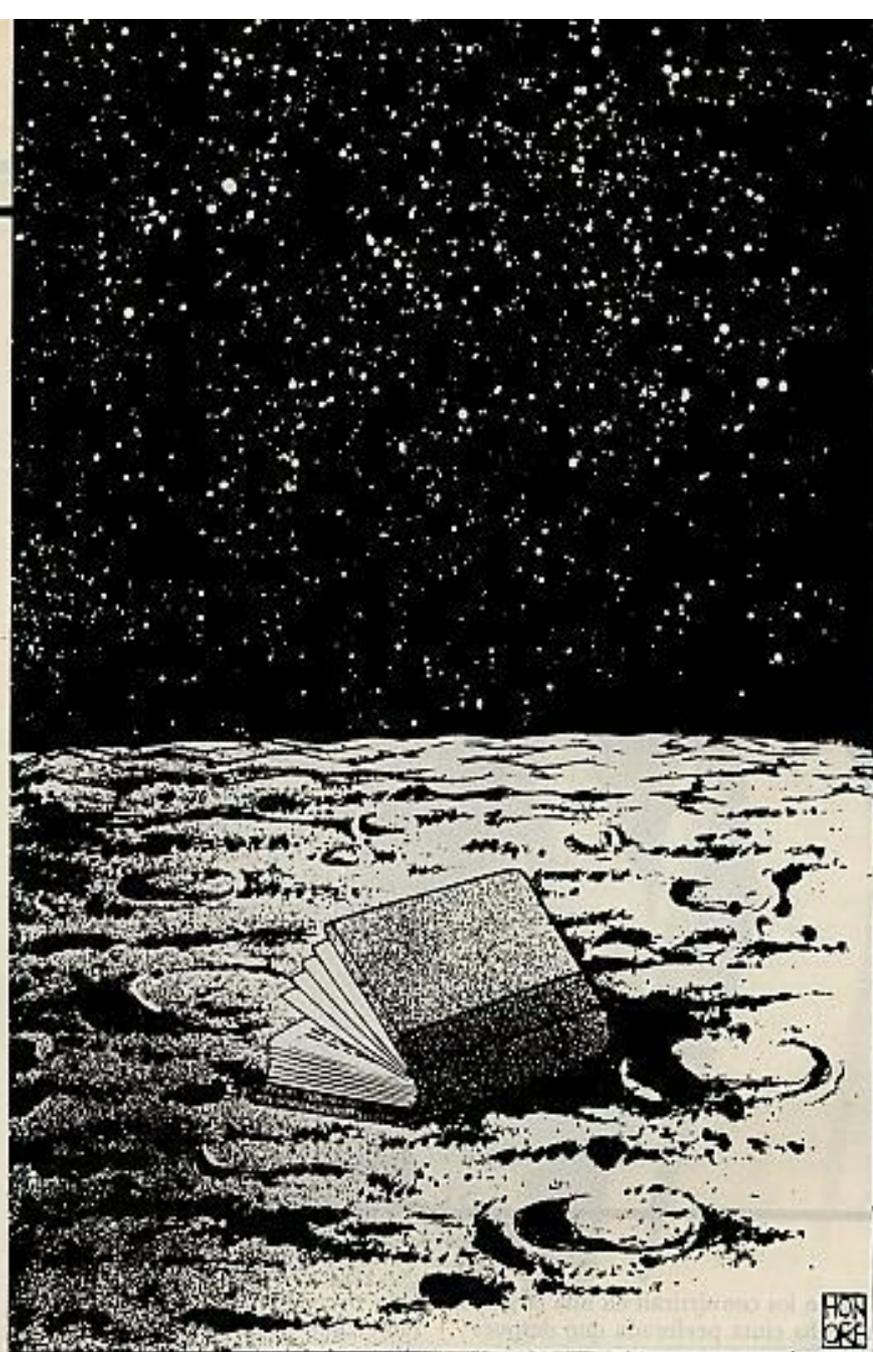
masificación y la concentración de informaciones que fraguó el poderío de los medios de comunicación de masas. Lo cierto es que esos mismos monstruos uniformizadores que requería el nuevo sistema industrial engendraron sus anticuerpos, sus propias vacunas. Las tecnologías de producción y, reproducción y difusión que posibilitaron el gigantismo informativo y creativo también provocaron la fragmentación de las audiencias, la diversificación de los medios, el estallido de las imágenes, los sonidos, las palabras tipográficas y la escritura pública. La desmasificación no es un delirio personal de Toffler, es algo que diariamente podemos comprobar si nos situamos ante un quiosco de prensa, si conectamos la radio, si ojeamos la cartelera de espectáculos, si consultamos los boletines bibliográficos de prosas y versos, si reposamos nuestra biblioteca. Proliferación inaudita de pequeñas revistas al servicio de un grupo local, de un gusto musical, de una profesión extravagante, de un hobby, de un capricho, de una urgencia social, de una comunidad de vecinos, de una estética marginal... La revista desmasificada, la multiplicación de las radios -y no sólo las de frecuencia modulada-, las posibilidades personales de registrar imágenes y sonidos -y también de emitirlos, gracias a las radios de frecuencia compartida-, la popularización de los sistemas ligeros de filmación -video, super-8, etcétera-, la avalancha diaria de ediciones familiares o personales de libros, incluso de colecciones, para citar solamente algunos síntomas que están en la calle, ha permitido algo que no hace mucho tiempo hubiera parecido una utopía: que cada ciudadano

pueda permitirse en estos momentos el lujo de tener una audiencia, sea por medio de las imágenes, los sonidos, la palabra o la escritura. Audiencia más o menos larga, pero audiencia al fin y al cabo. Un privilegio social que, como recuerda Amando de Miguel oportunamente, antaño estaba reservado únicamente a predicadores, cómicos, artistas, políticos y profesores.

## Una mirada autista

La informática ha suscitado el riesgo del control y fiscalización de los seres humanos a través de los ordenadores gigantes y centralizadores. Pero también, a la vez, ha desarrollado las posibilidades liberadoras del ordenador personal. No sólo la *telemática*, también la *privática*. Aquellos intelectuales famosos de los años sesenta habían augurado a la humanidad dos catástrofes complementarias producidas entre otras causas, por el poderío de los medios de comunicación de masas. Por un lado, el fin del individuo, la disolución de lo personal, la liquidación de lo privado, el apocalipsis del yo. Por el otro, la muerte de lo social por los excesos de lo social, vale decir, por la uniformización de los comportamientos políticos, la planetarización de los actitudes, la formación de una clase universal de consumidores, el triunfo de la repetición de masas sobre las diferencias sociales. Los resultados no han podido ser, otra vez, más paradójicos y menos simplistas. En lugar de la disolución de lo privado, del yo, lo que las diversas factorías de la masificación





social han parido ha sido el *yoísmo* más radical de los posibles: *el narcisismo*. Ocurrió el ocaso del hombre público, en terminología de Richard Sennet, y el resurgir impetuoso de la autoconciencia más insolidaria. No sucedió el imperialismo de la masificación, sino el imperialismo de la intimidad, el desmesurado culto al cuerpo, el apogeo de lo privado, la rápida epidemia de esa mirada autista que se le ha puesto al hombre contemporáneo. Y en lugar de la descalificación de lo social por la masificación, como se temía, el desclasamiento se produce por la irrupción de la actitud narcisista. Porque esa nueva mirada confortablemente engolfada en su yo de marfil huye lo político, excluye lo público, devalúa lo colectivo, rechaza lo solidario y sólo está atenta a los pormenores de su minúscula identidad. Una mirada que ya no refleja el mundo exterior, ni siquiera el mundo cotidiano —como soñaban a modo de alternativa al fracaso revolucionario

los postsesentayochistas contumaces— sino su propio ombligo. O su propia audiencia.

### Consoladores Gutenberg & Marconi, S. A.

La nueva estrategia industrial ha vuelto a desordenar el esquema lineal de los apocalípticos y de los optimistas. La realidad resulta otra vez bastante más complicada que la ficción. Porque el modelo mitológico que vende el nuevo capitalismo ha dejado de ser el de aquel *hombre-consumidor*, pasivo, felizmente instalado en la masa, que hacía masa social. Ahora se trata del mito del *hombre-creador*, artificialmente individualizado a través de las aceleradas tecnologías que vomita la sociedad mercantil, productor de su propia ingeniería narcisa, endeudado por la

potente industria de lo «auto». Ese es con exactitud el flamante imperativo categórico que nos gritan las publicidades actuales: descubra su personalidad, hágalo usted mismo, desarrolle su mente, cuide usted solo de su salud, diseñe su propio cuerpo, construya su gueto, automaticese, automaticese, autogestíonese, autocontrólense, autoprográmese, autoconciéncese, autoerotícese, autoproduzca, autoconsume, autoedite, autolibérese de lo colectivo, masturbe su yo en cómodos plazos gracias a nuestra infinita gama de consoladores de la marca Gutenberg & Marconi, S. A.

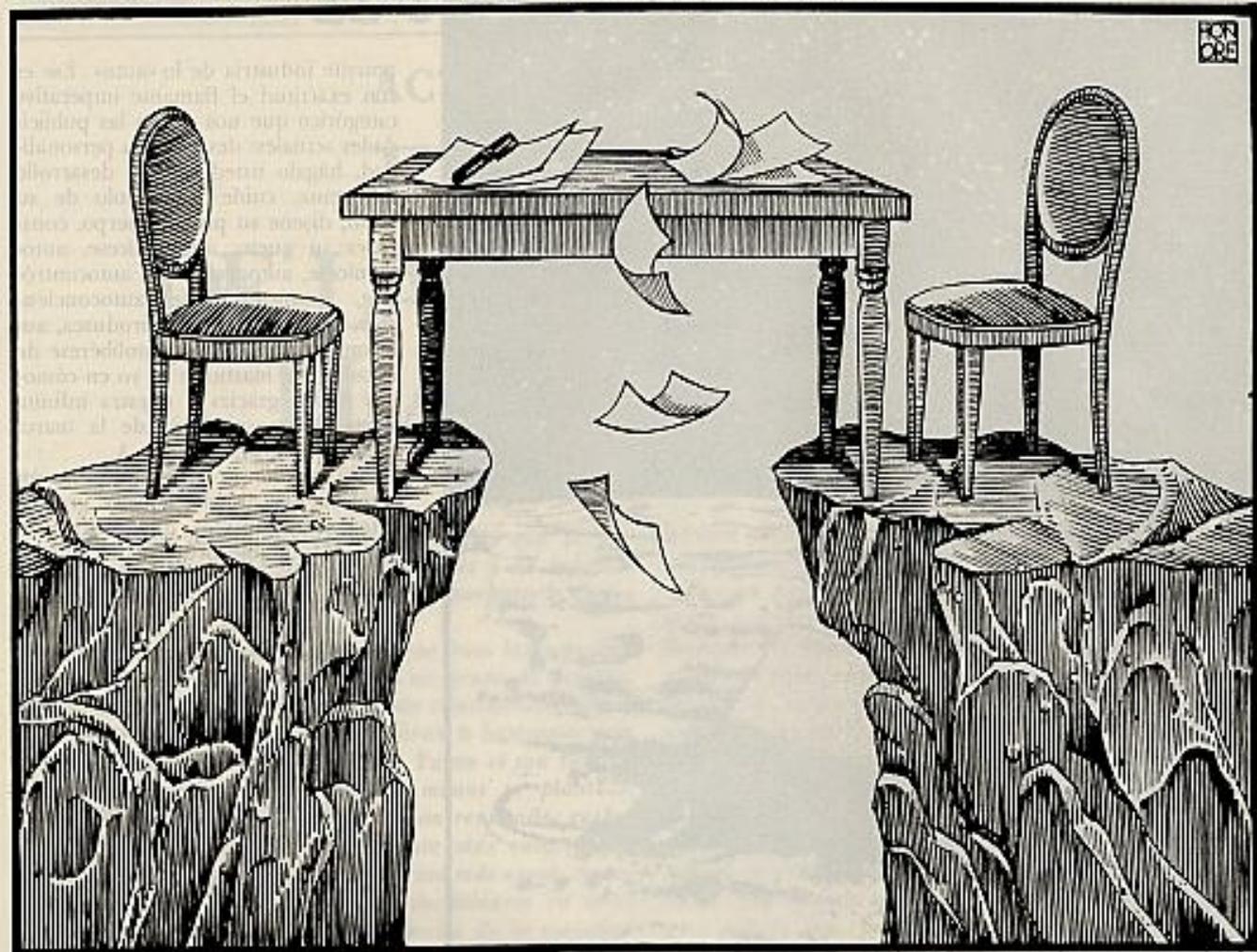
Esta puede ser la gran distinción completa que disuelve aquellas grandes diferencias simples que edificaron tanta lamentable profecía sin futuro. La lógica de la segunda industrialización había convertido al ciudadano en espectador pasivo de los *mass media* porque lo que perseguía era la creación de una masa universal de consumidores. La lógica del posindustrialismo hace creer a cada ciudadano que él mismo es un *mass media* con licencia para emitir toda clase de signos. El gran negocio de 1984 ya no está en ofertar aparatos *reproductores* de mensajes ajenos, sino aparatos *productores* de mensajes personales. No en tratar al ciudadano como consumidor social: halagarlo como creador individual. Nada de hablarle como audiencia: simularlo como competencia.

Ahí están los spots, las vallas, los escaparates y los catálogos de los grandes almacenes para mostrar que el fluido que vende y venderá por mucho tiempo es el que promete las delicias narcisistas de la autoproducción de signos. Videos en lugar de televisores, cámaras cinematográficas en lugar de proyectores, emisores en lugar de receptores de radio, registradoras musicales en lugar de reproductoras, miniordenadores personales en lugar de macroordenadores laborales, impresoras en lugar de fotocopiadoras, máquinas de exhibir el yo en lugar de máquinas para admirar al otro.

### Todo es solidario, nada es simple

No muere el libro. Mueren sistemáticamente las profecías que anuncian los funerales del libro. Quedan en evidencia esas literaturas pelmazas y blandas que continúan planteando a estas alturas de la civilización industrial el futuro de la cultura escrita como luchas fronterizas a vida o a

# EL FUTURO DE LA ESCRITURA



muerte. Porque después de un siglo de cinematógrafo, de tres cuartos de siglo de radio y de medio siglo de televisión está empíricamente demostrado que no hay duelo entre lo audiovisual y lo impreso o que se trata de un duelo imaginario: de un género narrativo más. Ni hubo lucha territorial cuando la gran época de las masificaciones, ni mucho menos en la era de la comunicación desmasificada.

Escribo estas líneas en una habitación atiborrada de libros y alfombrada por los periódicos del día y las revistas y minirrevistas de la actualidad, con el televisor iluminado pero sin sonido, el vídeo cargado con una vieja película de Hitchcock, el teléfono sin parar, mientras Radio-3 emite unos solos de piano de Chick Corea que el magnetófono incorporado al aparato está grabando automáticamente. Escribo esto con una antigua Lexicon 80, fuera de mercado, y a más de quinientos kilómetros de distancia de donde estas páginas se imprimirán y editarán. Cuando se me agote el rollo, sospecho que dentro de pocos minutos, llevaré los folios escritos a la cabina de télex de Gijón, donde por medio de un

teclado los convertirán en una larga y estrecha cinta perforada que después un funcionario de Correos introducirá en la correspondiente máquina transmisora y enviará instantáneamente a otra máquina similar situada en la redacción de *Triunfo*, que sin intervención humana volverá a traducir los impulsos eléctricos en lenguaje alfabético impreso sobre papel. Mañana por la mañana enviarán a la imprenta el artículo para que lo tecleen en un videoterminal alfanumérico con pantalla catódica, que lo registrará por procedimientos ópticos para luego enviar directamente esas nuevas señales electrónicas a un ordenador integrado a una impresora; máquina que otra vez relacionará los datos con la escritura y el papel —el que usted tiene en sus manos— por medio de una endiablada serie de operaciones informáticas y tipográficas.

Un marcante tráfico entre las dos galaxias en el que han intervenido sin que chirrien (aquí lo único que puede chirriar es mi prosa torpe o mis ideas) un montón de tecnologías que los reductos, pesimistas u optimistas, ha-

bían decretado disyuntivas y beligerantes por su cuenta y riesgo. Hubo en este proceso que acabo de referir escritura, imágenes, informática, sonidos, video, óptica, papel, señales electrónicas, tinta, música de fondo, lenguaje alfabético y binario, libros, planos televisuales, cultura de masas y cultura culta, fotografía, tipografía, telegrafía, telefonía, palabras, ruido, orden, desorden, aleatoriedad, cintas perforadas, viejas y nuevas máquinas, miniordenadores, transistores, teleprinters, lectura, fotolectura, display, canales, acústica, bits, gestos, tradición, memoria fisiológica y memoria virtual. Pero sobre todo, hubo un proceso cerebral de rango bioquímico que soy absolutamente incapaz de comprender más allá del uno por ciento, aunque me consta su tremenda complejidad a pesar de que los resultados que ahora saltan a la vista luzcan tan pobres y elementales. Ya me dirán los numerarios del duelo dónde empieza la metáfora de lo eléctrico y acaba la de la escritura en esta espiral que sólo demuestra una cosa: que todo es solidario porque nada es simple. ■ J.C.